



UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

TRABAJO FIN DE ESTUDIOS

Título

La peste negra en la península. Una mirada actual desde el COVID-19.

Autor/es

JESÚS MARÍA GOÑI CANO

Director/es

IGNACIO ÁLVAREZ BORGE

Facultad

Facultad de Letras y de la Educación

Titulación

Grado en Geografía e Historia

Departamento

CIENCIAS HUMANAS

Curso académico

2019-20



La peste negra en la península. Una mirada actual desde el COVID-19., de
JESÚS MARÍA GOÑI CANO

(publicada por la Universidad de La Rioja) se difunde bajo una Licencia Creative
Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden solicitarse a los
titulares del copyright.

© El autor, 2020

© Universidad de La Rioja, 2020

publicaciones.unirioja.es

E-mail: publicaciones@unirioja.es

TRABAJO FIN DE GRADO

Título

La peste negra en la península. Una mirada actual desde el COVID-19.

Autor

Jesús Goñi Cano

Tutor/es

Ignacio Álvarez Borge

Grado

Grado en Geografía e Historia [602G]

Facultad de Letras y de la Educación

Año académico

2019/20



UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA

La peste negra en la península. Una mirada actual desde el COVID-19, Jesús Goñi Cano.

Resumen:

Nuestra concepción de normalidad se ha visto, con el COVID-19, interrumpida y amenazada. La incertidumbre, el miedo y la discusión sobre sus cifras han marcado el día a día en un contexto de crisis tanto económica como social. Tal ha sido el impacto sufrido que, acabado el Estado de Alarma, nos espera la denominada “nueva normalidad”. Situación de índole similar les tocó vivir a las poblaciones bajomedievales con la llegada de la peste negra. Es por ello apropiado iniciar una investigación de esta epidemia desde el enfoque actual que da título al trabajo.

El mismo aborda la peste negra y su papel dentro de nuestro territorio. Desde sus manifestaciones más significativas, hasta su llegada a la península Ibérica, se contextualiza una de las pandemias de mayor calado en la historia de la humanidad. Hecha esta labor, toman protagonismo cuestiones como el impacto real en algunos focos representativos (y el debate que esto genera), el resultado de la gran mortandad en la sociedad medieval y, por último, los numerosos paralelismos que podemos extraer frente a la pandemia actual (COVID-19). Enseñanzas, similitudes y reflexiones válidas en nuestro contexto son algunos de los beneficios extraídos a través de este análisis comparativo.

Palabras clave:

Peste negra, epidemia, impacto, mentalidad, COVID-19.

Black Death on the peninsula. A current look from the COVID-19, Jesús Goñi Cano.

Abstract:

Our concept of normality has been interrupted and threatened by COVID-19. Uncertainty, fear and discussion about its figures have marked the day-to-day life in a context of both economic and social crisis. Such has been the impact suffered that, with the end of the State of Alarm, the so-called "new normality" awaits us. A similar situation was faced by the people of the Late Middle Ages with the arrival of the Black Death. It is therefore appropriate to begin an investigation of this epidemic from the current approach that gives the title to the work.

It addresses the Black Death and its role within our territory. From its most significant manifestations to its arrival in the Iberian Peninsula, one of the most important pandemics in the history of humanity is contextualized. Once this work has been done, issues such as the real impact on some representative focuses (and the debate this generates), the result of the great mortality in medieval society and, finally, the numerous parallels that we can draw in the face of the current pandemic (COVID-19), take central stage. Lessons, similarities, and valid reflections in our context are some of the benefits drawn from this comparative analysis.

Key words:

Black Death, epidemic, impact, mentality, COVID-19.

Índice:

1 Introducción. (pp. 4-11).

1.1 Estado de la cuestión (p. 6).

1.2 Procedimientos del trabajo. (p. 7).

1.3 La peste y su evolución histórica. (pp. 8-11).

2 Principales episodios de la peste en su difusión peninsular. (pp. 13-21).

3 Impacto demográfico peninsular. (pp. 23-31).

3.1 Navarra. (pp. 25-28).

3.2 Valencia y Mallorca. (pp. 29-31).

4 Repercusión en las mentalidades. (pp. 33-35).

5 Epidemias y miedo colectivo: visión histórica de la peste negra y el COVID-19. (pp. 37-39)

6 Conclusiones. (p. 41-43).

7 Bibliografía. (pp. 45-49).

1. Introducción.

El brote de peste negra datado del año 1348, época de la gran mortandad, constituye una de las pandemias más catastróficas en la historia del territorio europeo. Nuestra actualidad se ha visto igualmente afectada por un fenómeno de índole similar. La naturaleza de ambas epidemias es distinta, pero aún con ello es posible encontrar numerosos paralelismos. Expansión de la enfermedad a través de nuestras prácticas socioeconómicas (comercio y transporte), disquisiciones en cuanto al número real de fallecidos, repercusión en las mentalidades y principios de la población o medidas llevadas a cabo son algunos de ellos.

Conocer el papel de esta enfermedad, implica analizar la llegada de esta al territorio peninsular. Sobre la misma queda desarrollada tanto su llegada, a través de las costas cantábrica y mediterránea, como su expansión desde estos puntos hasta lograr abarcar casi la totalidad de la península. En este proceso serán igualmente importantes las interacciones sociales y la actividad económica, protagonizada por el comercio y el transporte.

El presente trabajo, de naturaleza bibliográfica y comparativa, pretende igualmente exponer, a través de focos significativos, la realidad sobre el impacto demográfico de la peste en nuestro territorio. Realidad marcada por la necesaria interpretación de numerosos historiadores y por el debate generado entre estos. Acorde a lo sucedido en la actualidad, el progresivo avance de datos y acontecimientos ha acabado por generar diversos puntos de vista que abarcan desde lo catastrofista hasta visiones más esperanzadoras. Igual importancia ostenta la revisión histórica de las medidas tomadas por la sociedad medieval para frenar la enfermedad, así como los comportamientos más recurrentes. Repetido y acertado es que algunas circunstancias se repiten en la historia, y el presente análisis cuenta con ejemplos esclarecedores en esta cuestión. Es por ello por lo que conocer las similitudes y diferencias entre un periodo y otro nos es útil en la tarea de profundizar en el desarrollo social y en lo fructífero u obsoleto de ideas que han pervivido hasta nuestros días.

A fin de tratar todas las cuestiones señaladas, se aborda el concepto de enfermedad, tratando sus síntomas y episodios más relevantes. A esto le sigue, la llegada y expansión de la enfermedad en la península, así como el debate referido al impacto en distintos focos. Además, se tratan los comportamientos sociales e ideológicos derivados

de la situación vivida con la peste, y, finalmente, los paralelismos y diferencias más relevantes entre este brote de muerte (o peste) negra y el vivido en la actualidad con el COVID-19. El enfrentamiento entre la peste negra y la población bajomedieval, subdesarrollada y en crisis, trae consigo numerosas lecciones sobre los aciertos y errores de esta. Es por ello por lo que, de cara a afrontar nuestra propia realidad, conocer las circunstancias similares y lo que a ellas refiere, puede resultar altamente enriquecedor. Algunos ejemplos al respecto son los peligros del pánico entre la población, la importancia del seguimiento de cifras veraces o lo beneficioso de reducir los desplazamientos y aplicar los confinamientos pertinentes. Como veremos, no hay respuestas exactas ante los dilemas que calaron la sociedad bajomedieval, pero sí conclusiones útiles que ayudan a entender el transcurso de los acontecimientos.

1.1. Estado de la cuestión.

Tal como se ha adelantado en el apartado anterior, el debate y las reinterpretaciones sobre los datos y testimonios que se conservan han ido en aumento, algo que se ha visto incrementado a la luz de la reciente pandemia mundial. Hasta mediados del siglo XIX la historiografía tradicional ha sido unánime en ciertas cuestiones sobre la idea de peste negra peninsular, tanto en llegada como en expansión e impacto. Autores como Peio J. Monteano y Jaime Sobraqués Callicó (con obras como *La Peste Negra en Navarra. La catástrofe demográfica de 1347-1349* y “La Peste Negra en la Península Ibérica” respectivamente), apuntan hacia una interpretación fiel de los datos y relatos del periodo medieval, y, por ende, de carácter catastrofista.¹

En contraposición, los últimos años se han visto protagonizados por el surgimiento de nuevas reinterpretaciones que se alejan de la idea de desolación total, defendiendo la posibilidad de que existiesen focos concretos en los que se concentró el impacto. En este novedoso enfoque destacan los trabajos de Guillermo Castán Lanaspa (*La construcción de la idea de peste negra (348-1359) como catástrofe demográfica en la historiografía española*), Josep María Doñate (“Datos negativos referidos a la plaga de Castellón en relación con la peste negra de 1348”) o Agustín Rubio (*Peste negra, crisis y comportamientos sociales en la España del siglo XIV. La ciudad de Valencia (1348-1401)*).

Este debate resulta igualmente constructivo a la hora de justificar e hilar el paso de la peste negra durante la crisis del siglo XIV con la posterior recuperación peninsular en el siglo XV.

Junto a la cuestión del impacto demográfico real y su trascendencia en el desarrollo histórico, ha cobrado importancia la forma en que la población medieval hizo frente a la enfermedad, así como el resultado que esta generó en la mentalidad social. En este ámbito son de especial interés los trabajos de Jean Delumeau (*El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada.*) y Robert S. Gottfried (*La muerte negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval*).

La situación actual ha traído consigo un incremento del interés en la forma en que una sociedad y otra han hecho frente a la enfermedad, plano en el que son llamativas las

¹ Para referencias de las obras mencionadas, consultar la bibliografía.

numerosas similitudes. Esta idea queda bien ilustrada a través del autor medieval Jaume d'Agramont (*El Regiment*).

1.2.Procedimientos del trabajo.

El presente trabajo se compone de apartados tanto bibliográficos como comparativos, basados en el trabajo de artículos y publicaciones especializadas en el periodo medieval y en la interpretación de sus fuentes.

En concreto, ha sido la naturaleza de cada uno de los puntos la que ha determinado el predominio de publicaciones o de artículos en su realización. El abanico de publicaciones referidas tanto a la peste negra como a su papel en la península es amplio, por lo que se ha sido necesario incluir autores de varias nacionalidades.

En cuanto al acceso a las fuentes, dificultado por el presente estado de alarma en que se ha desarrollado el grueso de este trabajo, han tomado importancia tanto las bibliotecas locales, como las virtuales a través de los servicios de mensajería. Igual protagonismo han adquirido las bases de datos (tales como Dialnet), y las especializadas en la época medieval, tanto nacionales como internacionales (Repertorio de Medievalismo Hispánico o Regesta Imperii entre otras).

1.3. La peste y su evolución histórica.

La Peste Negra se constituye como una de las pandemias más catastróficas en la historia de la humanidad. Sus efectos han sido decisivos para la historia de esta, tanto por su mortalidad y sus manifestaciones tras el contagio como por la histeria colectiva generada y sus correspondientes consecuencias.

En primer lugar, es necesario conocer la enfermedad, así como sus efectos en la población, algo que ayuda a entender su denominación. La causa de esta viene dada por el organismo *Yersinia pestis*, la cual generaba en los afectados necrosis acral y hemorragias subdurales (dañando las capas inferiores de la piel), dejando a nivel visible manchas negras que dan nombre a la enfermedad. La misma pudo manifestarse a través de tres formas, siendo estas la peste bubónica, la peste neumónica y la peste septicémica, esta última la más conocida por su letalidad y sus manifestaciones en los afectados. El promedio de mortalidad de la misma ascendía casi al cien por cien, algo que, unido a las altas fiebres generadas y a las llamativas manchas en los cuerpos de los afectados, la condujo a ser tratada como una enfermedad de gran rareza, repudia y peligrosidad.²

Según apuntan numerosos historiadores, los efectos de esta enfermedad llevaron a la desaparición de casi un tercio de la población europea. Como veremos, esta mortandad estuvo motivada por diversos factores. La peste contó con un medio de transporte idóneo por el que desplazarse en época medieval desde la actual Rusia hasta Europa para expandirse por todo el continente y llegar a Oriente Medio. Esta herramienta fue el comercio y el auge de numerosas rutas, a lo que se une el contexto en que se desarrolló, especialmente decisivo entre los siglos XIII y XIV. La crisis económica y demográfica, las hambrunas y la guerra fueron el caldo de cultivo perfecto para la expansión de esta epidemia. Dadas las circunstancias y los medios con que contaba la población de aquel entonces, los intentos de frenar su propagación o de curar a quienes caían enfermos tendían a ser ineficaces e inútiles. De entre los agentes con mayor capacidad de influencia, y por ende mayores testimonios de la falta de preparación para hacer frente a semejante amenaza, destacan los gobiernos locales y el poder eclesiástico. Los primeros, una vez conscientes de la alta mortalidad generada y la velocidad con que avanzaba, trataron de aplicar medidas que alejasen la enfermedad (como, por ejemplo, a

² GRACIA, D. y LÁZARO, J., *Introducción a la medicina*. Editorial Hariadna, Madrid, España, 2009, pp. 95 – 97.

través del control de enfermos o de la prohibición del comercio y consumo de ciertos alimentos, careciendo todo ello de resultados). En tanto, la justificada histeria colectiva ante la epidemia no tardó en señalar a la Iglesia por la incapacidad de Dios para frenar la enfermedad, o bien por su deseo para propagarla (algo que a su vez llevó a la búsqueda de otros culpables y al incremento de conflictos). Fue por ello que en estas fechas era recurrente el fallecimiento de todos los hombres de dios pertenecientes a aquellos monasterios que trataban de dar cobijo y socorro a los afectados. A su vez, tanto estos como otras minorías sociales (entre ellas, los judíos), fueron objeto de persecución social por su presunta culpa en tal epidemia.³

Es por todo esto que, a lo acontecido desde el año 1348, el historiador Pierre Chaunu le otorga la denominación de “la gran era de los muertos”⁴. No obstante, antes de profundizar en lo acontecido en la península con la llegada de la epidemia, es necesario señalar algunos episodios anteriores.

Desde la antigüedad encontramos numerosas ocasiones en las que esta enfermedad, desconocida y resistente ante las escasas defensas de que la población dispuso, generó daño tal que su huella ha llegado hasta nuestro tiempo. Gracias a los testimonios conservados se conoce de brotes de peste anteriores al estudiado, si bien con distintas denominaciones y pequeñas diferencias propias del lugar de contagio y la población. Uno de los casos más tempranos se manifiesta dentro de una civilización hitita, ubicada en el interior de Anatolia (Asia menor), bajo el reinado de Mursili II, entorno a los años 1321-1295 a.C. Aun con la evidente falta de información existente, se conoce de la existencia de himnos y plegarias propias de esta civilización, en las que se afirma la existencia de una epidemia de gravedad pronunciada frente a otras. Los efectos de esta asolaron cosechas y ciudades al tiempo que sus habitantes, temerosos de un castigo divino, suplicaban a su rey que interviniese. Según manifiestan con cierta sorpresa, la enfermedad no solo afectó a los pobres, lo cual era algo habitual, sino que amenazó a toda la población independientemente de su posición. Esto, sumado a la extensa presencia en el tiempo de la enfermedad, que llegó a superar las dos décadas, permite afirmar que no se trató de una epidemia común.⁵

³ GÓMEZ M. S., RAMOS C. M., ABEL, *La Peste Negra*. Universidad Complutense, Madrid, 2012, pp. 5-12.

⁴ TAYLOR, C., *La era secular*. Editorial Gedisa, Barcelona, España, 2014, p.240.

⁵ ÁLVAREZ-PEDROSA J. A. y BERNABÉ, A., *Historia y leyes de los hititas: Textos del Reino Medio y del Imperio Nuevo*. Ediciones Akal, Madrid, 2004, pp. 75-100.

Como factor común a la gran mayoría de casos, veremos cómo las poblaciones afectadas trataron de implicarse y hacer esfuerzos conjuntos a fin de combatir esta plaga que amenazaba su modo de vida e incluso su pervivencia. Claro ejemplo de esto lo encontramos durante lo acontecido en la Roma republicana entre los siglos V y IV a.C. Fue este el periodo en que se alcanzó el pico de afección sanitaria según las fuentes, fruto de varias epidemias. A la propagación de todas ellas, entre las cuales podemos encontrar la malaria además de la peste, contribuyeron factores de contagio como el cercano medio pantanoso o el incremento del comercio y los movimientos de población. De las medidas públicas que se tomaron son reseñables la costumbre de colocar un clavo donde se conociese de la existencia de contagio, el traslado del culto atendiendo a los lugares de expansión de la enfermedad o la creación de un banquete destinado a los dioses. Personalidades de la época, como Tito Livio o Dionisio de Halicarnaso, apuntan en este marco cronológico al estallido de numerosos brotes que afectaban a hombres y animales.⁶

La epidemia reaparece ya en siglo I, de la mano del médico y anatomista griego Rufo de Éfeso (Quien ya relata la existencia de una fatal epidemia que causó estragos indiscriminadamente en Libia, Egipto y Siria). No obstante, su rastro se perdería durante varios siglos.⁷

A partir del siglo VI, las costas mediterráneas se vieron afectadas por la llamada gran peste de Justiniano, la cual tomó gran parte de su peso gracias a las numerosas rutas comerciales. Hasta el 767 se dieron hasta un total de 20 oleadas. La fase de mayor impacto data de entre el 541 y el 543. Extendida desde Etiopía e introducida en el Mediterráneo, la epidemia afectó a ambos lados de este, llegando a Constantinopla en el mismo año 541. Si bien se trató de un caso de peste bubónica, se entiende como uno de los mayores azotes de peste del milenio. Su mortalidad fue tal que, en puntos como Constantinopla, generó entre 5000 y 10000 muertes diarias. El historiador Procopio de Cesarea, residente en Constantinopla, le otorgó gran peso, llegando a catalogarla como una “epidemia a punto de acabar con la humanidad”. A nivel general, es considerada como un agente fundamental en la transición hacia el periodo medieval.⁸ Llegados al fin del siglo VIII desaparecen las evidencias de peste en las fuentes escritas. Es importante reseñar, en la

⁶ CÊBE, J. P., «*Les lectiscernes republicains*», *Entre hommes et deux : le convive, le héros, le prophète*. Presses universitaires de Franche-Comté, Paris, 1989, pp. 27-40.

⁷ BENEDICTOW, O. J., *La peste negra (1346-1353)* Ediciones Akal, Madrid, 2011, p. 113.

⁸ WAGNER, D. M., “Yersinia Pestis y la peste de Justiniano 541-543 AD.: un análisis genómico” en RIUS I GIBERT, C., *La peste a lo largo de la historia*. Agència de Salut Pública de Barcelona. Barcelona, 2019, pp. 121-122.

cuestión aquí tratada, que no se han encontrado evidencias de que la misma hubiese afectado al territorio peninsular.⁹

⁹ MONTEANO PEIO, J., *La ira de Dios. Los navarros en la era de la peste (1348-1723)* Editorial Pamiela, Pamplona, España, 2002, pp. 30-31.

2. Principales episodios de la peste en su difusión peninsular.

Hemos de desplazarnos hasta el siglo XIV para retomar el rastro de esta epidemia, esta vez sí, en la península ibérica. Nos ubicamos en la Navarra del 1348. Sus campos se hallan superpoblados y hambrientos (algo motivado por las oleadas de malas cosechas y hambre sucedidas entre los años 1300 y 1318. Los años inmediatamente anteriores a la peste negra fueron conocidos como los “años caros”, por las malas cosechas, la inflación de los precios y un posible cambio climático (conocido como “pequeña edad glaciaria europea”). Todo ello llevó a una situación de miseria, endeudamiento y emigración.

La crisis del campo desembocó en una crisis general (denominada por varios historiadores como el “fuerte tiempo”). La extrema pobreza llevó al aumento de crímenes y de violencia, lo que principalmente se tradujo en choques entre malhechores y linajes nobiliarios por el control de los recursos y las rentas. Al llegar la peste esta paupérrima situación se intensificaría.¹⁰

El Recibidor de Sangüesa crea las cuentas de 1348, lo más parecido a un relato cronístico navarro en dicho periodo. Este oficial navarro justifica el impago de rentas en el ya notable aumento de la mortalidad y la consecuente destrucción y decadencia de varios pueblos (fenómeno recurrente fuera del dominio peninsular).¹¹

Estos documentos afirman casos de infección en Pamplona previos al 24 de junio de 1348. Apuntan probablemente, a finales de mayo del mismo año, a raíz de sospechosas muertes en casas situadas en los mercados externos a las murallas. Esto lleva a pensar que pudo tratarse del punto de inicio del contagio.

Finalizada la primavera la peste negra está presente en Navarra, así como en ciudades de la costa mediterránea (Barcelona, Tarragona, Valencia o Almería, además de algunas capitales aragonesas cercanas). Las primeras víctimas registradas datan de septiembre de este año. Una de las causas de la llegada fue, sin duda, la implicación en el proceso del Camino de Santiago, vía de entrada de la enfermedad por el comercio y el peregrinaje.

¹⁰ MONTEANO PEIO, J., *La ira de Dios*, p. 34.

¹¹ BERTHE, M., *Famines et épidémies dans les campagnes navarraises à la fin du Moyen*. SFIED, París, Francia, 1984, p. 39.

Previo al verano sería posible encontrar signos de su impacto fuera de la península (Ej., Narbona, Toulouse o Burdeos, desde donde se trasladaría a Inglaterra. Ya posteriormente llegaría a Navarra y la costa guipuzcoana, así como a puertos de la cornisa cantábrica y Galicia (lo que en el periodo resultó desconcertante).¹²

Partiremos de una base contrastada, la propagación del bacilo pestoso desde el Camino de Santiago, parada obligada de los comerciantes y viajeros portadores del mismo, así como sede semanal de mercados y comerciantes de procedencia variada.¹³ Son varios los testimonios que completan la escasa información recopilada respecto al proceso de expansión, materializado por todo el territorio navarro. Entre ellos, destacan: el cese de la actividad en las ferrerías de Malerreka, a partir de junio, la ausencia de actividades de siega en los prados de Cirauqui o la falta de cultivos en los campos de Los Arcos. Estos hechos se justifican en el temor de la población a contraer la enfermedad.

En cuanto a Tudela¹⁴, queda reflejado que fue la segunda ciudad del norte del reino en verse afectada por los estragos de la enfermedad antes de septiembre. A modo de síntesis, factores como el calor, la humedad o el hambre ayudaron a que la enfermedad llegase con eficacia a todos los rincones del reino navarro. Materializada esta realidad queda constancia de la elevada mortalidad que acompañó a la epidemia.

En Pamplona varios casos hacen suponer los efectos de la peste sin llegar a mencionarla o acusarla explícitamente. Ejemplos tales como la gran cantidad de impagos denunciada por los recaudadores (a razón del fallecimiento de los arrendatarios), o la sustitución de oficiales por, probablemente, la muerte de sus predecesores.

En el caso de Tudela, veremos cómo en estas fechas nadie quiso acudir a los baños públicos de San Salvador y de la Puerta de Zaragoza, algo justificado, de nuevo, por la gran mortandad que presentó la zona. Ya estos indicios llevaron a la población a evitar las zonas de humedad y aglomeración humana, algo que no evitó el acelerado ritmo de defunciones.

En lo que se refiere a la región de Olite, fue especialmente acusada su incapacidad de solventar los conflictos por fallecimiento tanto de acusados como de denunciados. En

¹² MONTEANO PEIO, J., *La ira de Dios*, pp. 35-38.

¹³ DÍAZ DE DURANA, J.R. y GARCÍA FERNÁNDEZ, E., *Demografía y sociedad: la población de Logroño a mediados del siglo XV*. Instituto de Estudios Riojanos, La Rioja, España, 1991, p.21.

¹⁴ MARTÍN DUQUE, A., "Vida urbana y vida rural en Navarra en el siglo XIV. Algunos materiales y sugerencias" en *La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV*, Bilbao, pp. 43-54.

estos casos, fue frecuente concluir los pleitos con referencias tales como “el demandante ha muerto en la mortandad”.

Ejemplo de la eficacia de esta epidemia lo encontramos en el molino tintorero de Estella¹⁵, donde murieron todos los judíos que habitaban en el mismo. Esto denota una clara prueba del paso de la peste. Ejemplo similar fue el molino de Behorlegi, cercano a la capital de la Baja Navarra. En este caso la actividad se vio cesada durante todo lo que duró el año 1348. De cara a alejarse de la idea de una peste negra destinada a las grandes poblaciones, es necesario reseñar el caso del molino de Villafranca. A razón de la gran mortandad el suministro de agua hubo de verse interrumpido.

Estos casos concretos nos llevan a plantear una nueva hipótesis referida a la forma en que se expandía la epidemia. Tal y como indican los fallecimientos y las labores profesionales a las que se ocupaban los mismos, queda evidenciado que fueron malos tiempos para quienes se dedicaban al trato con comerciantes, proveedores, elementos de transporte como el agua o paños (por ser estos objetos claro medio de transporte para piojos o pulgas).

Testimonios, crónicas y registros del periodo dejan ver el desconcierto y el malestar social que supuso la presencia de una enfermedad tan letal como desconocida. Hemos de reseñar la importancia que en este proceso tuvo la situación previa de hambrunas, conflicto e inflación económica. A esto se suma la aterradora verdad a la que progresivamente se vio expuesta la población. Que se trataba de una epidemia alejada de prejuicios por clase social o localización geográfica. Atacó tanto a pobres como a ricos, fuese en los grandes señoríos y castillos o en las calles de las localizaciones más recónditas del reino navarro. En parte, la peste negra actuó como un agente de equiparación social. Más allá de las diferencias obvias a nivel económico y social, clases altas y bajas se vieron igual de desconcertadas a la hora de hacer frente a la enfermedad, séase para prevenirla o sanarla.

Para analizar y entender la gravedad de los efectos generados por la peste negra es necesario señalar la ya de por sí paupérrima higiene presente en este territorio. Una de las realidades más decadentes dentro de la medicina del periodo la mostraron varios médicos dedicados al cuidado de la población llana, siendo este el de “*cito, longe, tarde*”.

¹⁵ CARRASCO, J., *La población de Navarra en el siglo XIV*. Editorial Universidad de Navarra, Pamplona, España, 1973, pp. 130-150.

Es decir, los propios versados en las ciencias sanitarias vieron como mejor medida la de huir de las zonas afectadas pronto, lejos y para regresar tarde. Así lo recoge un conocido proverbio del periodo: *huir de la pestilencia con tres eles es prudencia: luego, lexos y luengo tiempo*.¹⁶

Sumado a esto queda la inutilidad de los remedios tradicionales, y la consecuente muerte de familias enteras. Este desconocimiento y rapidez con que se extendía la epidemia como si de algo sobrenatural se tratase llevaron a la población a pensar en aplacar la ira divina. Era de esperar, que en este periodo y sobre esta situación crítica la religión no tardase en tomar partido. Los habitantes se dedicaron entonces en cuerpo y alma a cultivar su devoción. Fueron frecuentes las misas, procesiones, peregrinaciones y toda clase de actos consagrados a los santos más venerados y las supersticiones más ancestrales y asentadas. De entre los testimonios de la época es reseñable el del recibidor de La Ribera, quien ya confirma que la mortandad del periodo bajomedieval respondía a las órdenes de Dios.

Junto a estos razonamientos y justificaciones morales y religiosas veríamos las cada vez más acertadas deducciones que la población fue llevando a la práctica. Una de ellas, confirmada por Boccacio, fue el rechazo al contacto con los ya contagiados y enfermos. No solo al contacto directo a través de la comunicación o estancia compartida, sino evitando ya sus ropas y todo aquello que hubiese entrado en contacto con ellos. En palabras de susodicho florentino “Tan grande fue el espanto que este hecho puso en las entrañas de los hombres que el hermano desamparaba al hermano y el tío al sobrino, y la hermana a su hermano querido y aun la mujer al marido. Y lo que era más grave y resultaba casi increíble, que el padre y la madre huían de los hijos tocados por la enfermedad”¹⁷. Estas mecánicas se extendieron dando paso a grupos de población que acababan optando por buscar refugio en iglesias y ermitas en las que, aún con condiciones decadentes, podrían verse a salvo de los contagiados, abrazando la protección religiosa.

Como es evidente, esto supuso una aceleración en el abandono de ciertas zonas rurales, habitadas tan solo por las tumbas de los difuntos.

¹⁶ MONTEANO PEIO, J., *La ira de Dios*, p. 175.

¹⁷ DELUMEAU, J., *El miedo en Occidente*. Editorial Taurus, Barcelona, España, 2012, p. 99.

La suerte de esta población errante no fue mejor que la de quienes quedaron en sus hogares. Fuese por hambre o por enfermedad, se presupone que fallecieron, pues según cuentan las crónicas posteriores de recaudadores, nunca regresaron.¹⁸

Otro de los impactos iniciales de la peste en territorio colindante al peninsular se vio materializado ya en el año 1347, en Mallorca. Esta isla, la principal del conjunto balear, se localiza a 200 km. de la costa sudoriental ibérica. La razón del gran impacto que este movimiento de la peste lograría viene sustentado por dos factores, séase la importancia de los barcos como medio de transporte y el fluido tráfico mercantil para con el resto de población. Todo ello facilitó una interacción de la que no se vieron exentas enfermedades de fácil contagio. En el caso mallorquín, integrada la enfermedad, no tardó en expandirse hacia costas mediterráneas. No obstante, en contra de la eficiencia y rapidez asociada a la peste negra, es cierto que su contagio no fue ajeno a barreras.

Gracias a la buena comunicación entre las autoridades del lugar, no tardó en identificarse la existencia de una enfermedad peligrosa y de graves consecuencias en caso de no tomarse las medidas oportunas. En relación con esto, las susodichas autoridades se decidieron a convocar reuniones de cara a adoptar “medidas requeridas por las circunstancias”. A estos intentos de frenar la enfermedad se suma que las fechas en que se produjo este contagio estuvieron marcadas por el frío invernal, que no hizo sino ralentizar los procesos epidemiológicos (algo alejado de las situaciones de humedad y aglomeración que facilitaron el contagio en el reino navarro). Por todo ello y gracias a las fuentes del periodo, es posible afirmar que el brote tardó en llegar a ser reconocido hasta haber transcurrido entre 7 y 8 semanas. Con todo, la isla quedaría infectada ya en diciembre de 1347.¹⁹

En lo que refiere a las causas concretas que motivaron la epidemia, se apunta a un barco infectado procedente de Marsella, o bien de Montpellier, ambas zonas francesas, y ambas infectadas previamente a la llegada de la peste a la península. A razón de las buenas

¹⁸ MONTEANO PEIO, J., *La ira de Dios*, pp. 38-45.

¹⁹ SANTAMARÍA ARÁNDEZ, A., “La peste negra en Mallorca”, en *La Corona de Aragón en el siglo XIV*, vol.1, VIII Congreso de Historia de Aragón, Zaragoza, 1969, pp. 103-132.

relaciones comerciales entre estos territorios y la isla mallorquina, la enfermedad acabaría por desembarcar en septiembre de 1347.²⁰

En el ámbito geográfico peninsular, y siendo considerado como uno de los primeros focos de contagio en la costa mediterránea, destaca Allí de Alcudia, pueblo de pescadores de dimensiones considerables. La primera de las víctimas documentadas, a nivel general, fue Guillem Brassa, del mencionado pueblo. La epidemia quedaría reconocida, tal como sucedió en el caso navarro, cuando fue tan obvia y su mortalidad tan excesivamente alta que resultaba cuanto menos deshonesto con la verdad el ignorarla. Por todo ello nos es posible confirmar un fuerte brote inicial que daría paso definitivo en la segunda mitad del mes de mayo del año 1347, a través del cual se extendió por toda la isla de Palma y más allá.²¹

Uno de los fenómenos más recurrentes en esta fase de la expansión de la peste, fue la de alarmas de casos que, en muchas ocasiones, resultaban ser manifestaciones de otras enfermedades exageradas por la creciente histeria colectiva. Un ejemplo relevante fue uno de los declarados por Pedro IV de Aragón, quien no tardó en dar la voz de alarma ante la proximidad del peligro y el malestar en su territorio. No obstante, estudios contrastados ya son capaces de afirmar lo erróneo de esta afirmación. Aun con ello, se sabe que, si bien una de las alarmas resultó no corresponderse con esta enfermedad, sí hubo presencia de esta en el territorio. De hecho, atendiendo a lo relatado por la Crónica de Pedro IV, la presencia de la enfermedad en el año 1348 causó tal desastre que pudo llevarse con ella tres cuartas partes del reino. Si bien, como veremos posteriormente al profundizar en su incidencia demográfica, la cifra puede resultar exagerada, sí queda clara la catastrófica presencia de la misma.²²

Avanzando ya hasta mayo de este mismo año, queda reflejado como la peste logró adentrarse en numerosos núcleos urbanos del litoral sudoriental español. Durante los primeros días de mayo se organizaron numerosas procesiones religiosas en Barcelona que clamaban ya contra la gran mortandad generada en este importante núcleo de población (con más de 50000 habitantes) Estos hechos son reflejo de una realidad muy amplia, que en primer lugar deja ver el gran impacto que para entonces la peste tuvo en un núcleo de

²⁰ BENEDICTOW, O. J. *La peste negra (1346-1353)*, pp. 114-116.

²¹ LÓPEZ DE MENESES, A., “La peste negra en las Islas Baleares”, en *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1959, pp. 331-344.

²² BENEDICTOW, O. J. *La peste negra (1346-1353)*, p. 116.

tan reconocida importancia. Del mismo modo dejar ver su capacidad para lograr movilizar las fuerzas de la iglesia y, por ende, su prolongada presencia en el lugar hasta generar esta respuesta. Es posible afirmar que Barcelona quedó contagiada en abril, o incluso en marzo, siendo llevada la epidemia o bien desde el Rosellón o bien desde Mallorca. Si atendemos a un estudio sobre beneficios eclesiásticos vacantes en estas fechas, veremos la fuerza con la que este brote de peste golpeó el territorio catalán. Según este estudio, en abril de 1348 existía una sola vacante, algo habitual. No obstante, llegados a mayo se produjo un cambio brusco que generó hasta 9 vacantes, algo a todas luces irregular. Esta tendencia continuó al alza de forma descontrolada, denotando la presencia de una evidente amenaza demográfica. En junio se generaron 25 vacantes y ya en julio estas llegaron hasta las 104. Aun con ello, este mismo estudio muestra cierta recuperación de la situación hacia cifras normales ya en agosto. Esta evolución decreciente del impacto de la epidemia se prolongó hasta junio de 1349, cuando se estabilizaron las cifras con 2 vacantes.²³ Es curioso, no obstante, ver cómo, si nos dirigimos a estos documentos episcopales u otros cuadernos de notas, veremos que no se aporta información concreta sobre lo que en cifras supuso un grave episodio de peste. De igual modo, no se le denomina de una forma concreta, algo que si sucede con otros episodios anteriores y posteriores.²⁴

Junto a los estragos que la peste produjo en el Principado de Cataluña, a través del Rosellón y de Mallorca como principales transmisores, veremos otro importante foco capaz de alcanzar la zona sur peninsular, los puertos de Almería. La causa del brote de peste en estos puertos pertenecientes al pequeño reino musulmán de Granada se cree pudo ser la afluencia de barcos de comercio entre Mallorca y Marruecos, y las correspondientes paradas en Almería. Atendiendo a los datos del periodo, en parte proporcionados por Ibn Hátima, médico local, la peste comenzó a hacerse notar a mediados del mes de abril (del año 1348). Tras unas dos semanas durante las cuales se hizo fuerte en los barrios pobres, la enfermedad acabó por llamar la atención de las elites locales. Llegados a este punto, el avance de la peste llegaría a cobrarse una media de 70 vidas al día. No fue hasta febrero del año siguiente que lograron reducir la enfermedad.²⁵

²³ BENEDICTOW, O. J. *La peste negra (1346-1353)*, pp. 119-120.

²⁴ MERINO, A., *España Sagrada, Tratado LXXXI de la Santa Iglesia de Gerona en su estado antiguo*. Santa Iglesia de Gerona, Madrid, España, 1826, pp. 64-69.

²⁵ DUFOURQ, C. E., “Les relations de la Péninsule Ibérique et l’Afrique du Nord au XIV siècle” en el *Anuario de Estudios Medievales* N°7, CSIC, 1970-1971, pp. 39-66.

Si bien, como queda reflejado, esta primera fase de la peste apenas alcanzó más allá de Almería, es posible seguirle la pista meses más tarde, a través de numerosos fallecimientos al sur de la península. Málaga, Algeciras, Cádiz o Granada protagonizaron algunos focos desde abril que, en perspectiva, permiten entender la progresiva expansión de la enfermedad desde el sur.²⁶ La procedencia de esta nueva ola se debate entre Málaga y Argelia, en ambos casos a través del comercio. Fuese uno u otro su punto de partida es evidente que el año 1349 estuvo marcado por la expansión de la epidemia en el territorio de Andalucía desde el sur. A continuación, la enfermedad continuó su implacable avance entrando a la Corona de Castilla, ya presionada por el norte y el este.²⁷ El canal por el cual la enfermedad pudo avanzar hacia Castilla tras haber desatado el caos en Granada fue el importante comercio de grano, ganado y aceite de oliva entre musulmanes y castellanos.

Uno de los movimientos más mortíferos de la epidemia en su expansión en territorio peninsular, fue el realizado al lograr adentrarse en Santiago de Compostela, abarcando así el noroeste. La razón de su exitoso avance se justifica en la importancia que ya entonces guardaba el lugar como punto de peregrinación cristiana. Precisamente gracias a la afluencia generada por los huesos del apóstol Santiago, la enfermedad logró incrementar aún más su capacidad de infección. Respecto al medio de transporte utilizado, se cree casi con total certeza que fue, de nuevo, el comercio, destinado esta vez a los puertos de La Coruña. En concreto, se estima que la enfermedad arribó ya a mediados de abril, para avanzar desde allí hasta la ciudad de Santiago ya a comienzos de junio.²⁸ El afán de los cristianos por expiar sus pecados ante la mortífera epidemia que se expandía en el territorio, así como la buena fe de aquellos que exponían a los contagiados con intención de ayudar, actuaron como detonantes para su propagación.

Para conocer sobre la llegada de la enfermedad a lo que actualmente se denomina Comunidad de La Rioja, hemos de dirigirnos a las fuentes referentes a la Diócesis de Calahorra. Durante el siglo XIV en que aquí tratamos, esta abarcó gran parte de los territorios propios de las actuales zonas riojana y vasca. Aún siendo tan basta la extensión de la diócesis, apenas se conservan testimonios directos sobre la incidencia de la peste negra, lo que puede llevar a pensar que el impacto de la misma fue menor en este

²⁶ UBIETO ARTETA, A., *Orígenes del Reino de Valencia, cuestiones cronológicas sobre la reconquista*. Editorial Anubar, Zaragoza, España, 1975, p. 60.

²⁷ Ibid, pp. 64-65.

²⁸ BENEDICTOW, O. J. *La peste negra (1346-1353)*, p. 120.

territorio. Sin embargo, se sabe que la enfermedad se hizo presente en La Rioja, lo que sí queda constatado gracias a un documento rescatado de esta diócesis, datado de noviembre de 1349. En el mismo se narra la muerte de un logroñés a causa de los efectos de la epidemia en Aviñón, su lugar de residencia en aquel entonces. Esto es objeto de debate pues pudo haber contraído la enfermedad en el camino a su nueva residencia. No obstante, la paralela merma de poblaciones rurales en este periodo en busca de condiciones más seguras deja entrever una posible respuesta al azote de la peste negra.²⁹

A modo de conclusión del epígrafe, es posible afirmar el éxito inicial de la peste negra en lo que fue su primer año dentro del territorio ibérico, durante el 1348. En este corto espacio de tiempo ya logró hacerse presente en gran parte de los territorios del norte, el oeste y el sur, abarcando así un 35% del total de territorio peninsular aproximadamente. Llegados al año 1349, fase de máximo esplendor, la peste lograría, acompañada de la llegada de tiempos cálidos, hacerse con la totalidad del territorio español. En menos de dos años, la epidemia abarcó casi 600000 km², una parte considerable del área europea.³⁰

²⁹ RUÍZ DE LOIZAGA, S., *La peste en los reinos peninsulares según documentación del archivo vaticano* (1348-1460) Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia, Bilbao, 2009, pp. 41-43.

³⁰ Ibid, p. 128.

3. Impacto demográfico peninsular.

A fin de entender el impacto de la epidemia y la concepción que la sociedad se formó sobre la misma, es necesario analizar su impacto real en el territorio. Al comenzar este análisis es lógico introducirse en lo recogido por las fuentes, en busca de datos que reflejen lo vivido en el periodo. Es en este punto que se encuentra la primera de las peculiaridades, al comprobar la escasez de referencias a la epidemia entre los años 1348 y 1349, periodo en que la esta generó un mayor impacto. De este modo, si bien es posible encontrar referencias locales, que permiten esbozar el impacto en distintos focos, resulta más complicado encontrar obras que recojan la idea de una epidemia general común al territorio peninsular. Sí es común encontrar referencias a la muerte de Alfonso XI, como único atisbo de reconocimiento de la peste, si bien este se trata de un hecho aislado. Respecto a este hecho, hay que destacar su caso como el del único rey cristiano que caería en las garras de la enfermedad, falleciendo el año 1350.³¹ La noticia no hizo sino contribuir al dramatismo y la desolación con que el tiempo trató al periodo.

Sería ya más de un siglo después que algunos autores, apoyándose en algunas crónicas y narraciones locales, describirían la realidad vivida con mayor dramatismo y peso de la situación. Un ejemplo lo encontramos en el italiano Marco Antonio Cocio Sabelico, quien, influenciado por autores versados en la materia como Petrarca o Bocaccio, narra las consecuencias de la enfermedad a través de un panorama marcado por la muerte, el terror reinante, la presencia generalizada de cadáveres y, como ya hemos comentado anteriormente, la corrupción moral y personal (una constante de los autores al describir lo ocurrido durante la epidemia).³² Aun siendo necesaria una mayor profundización posterior, nos encontramos ante el primero de los casos en que la interpretación tradicional ha acabado por ponerse en tela de juicio a razón de su carácter exagerado y dramático. La generalizada acusación sobre la baja moral de quienes vivieron la epidemia de 1348 puede no ser tan acertada. El historiador Sheldon J. Watts, en apoyo al propio Delumeau (citado en este trabajo), afirma la unidad que caracterizó a quienes se vieron afectados por la enfermedad, valiéndose de los ritos propios de la época en favor de su unidad y salud. Estas afirmaciones se alejan de la mencionada tesis tradicional sobre

³¹ LÓPEZ DE AYALA, P., *Crónica del Rey Don Pedro y el Rey Don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*. SECRT, Buenos Aires, Argentina, 1994, pp. 3-4.

³² CASTAN LANASPA, G., *La construcción de la idea de peste negra (348-1359) como catástrofe demográfica en la historiografía española*. Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2020, posición 417-508.

el abandono de hijos, mujeres y esposos. En computo, dicho historiador afirma la incompatibilidad entre la cultura popular marcada por el rito y la unión con la separación y el abandono de los afectados por la peste. Otro asunto es el referido a los sectores sociales adinerados y bien posicionados, que, en un intento por alejarse de la temible enfermedad, trataron de refugiarse y aislarse (algo que, como ha quedado señalado, no impidió la propagación de la epidemia sin atender a clases sociales).³³

Finalmente, y aunque en adelante nos encontremos ante distintas interpretaciones sobre su impacto, es reconocida la expansión geográfica de la epidemia, así como su innegable mortalidad. Sobre esta base, no es de extrañar que su irrupción supusiese un antes y un después en la vida de la población, no como hecho puntual sino como un agente más, fundamental, en la grave crisis atravesada en el siglo XIV. Esta crisis queda personificada por circunstancias ligadas entre sí y de gran calado, que hacen las veces de índice sobre el que desarrollar y entender el impulso experimentado de los estragos de la peste. Entre estas circunstancias destacan la despoblación del mundo rural, la consecuente decadencia agraria, el desastre climatológico que motivó dicha decadencia o la inflación (y la crisis de abastecimiento y hambrunas derivadas de las mismas).³⁴ Todas ellas han quedado ya señaladas y, como se podrá ver en adelante, serán más específicas y localizadas al tratar los focos de mayor impacto en el territorio peninsular.

Contando con la fugacidad y capacidad de esta epidemia para adentrarse en el territorio, resulta ilustrador apoyarse en lo escrito sobre su impacto en distintos territorios para conocer, de forma general, su presencia peninsular. Acorde con ello, el presente análisis aborda las interpretaciones sobre su paso por Navarra (Reino de Navarra) y Valencia y Mallorca (Corona de Aragón).

³³ WATTS, S., *Epidemias y poder. Historia, enfermedad, imperialismo*. Editorial Andrés Bello, Barcelona, España, 2000, pp. 24-42.

³⁴ VALDEÓN BARUQUE, J., “Crisis económicas y enfrentamientos sociales en la España de la Edad Media. Movimientos sociales regionales, sus elementos de base” en *La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV*, Bilbao, Diputación Provincial de Vizcaya, 1975, pp. 13- 27.

3.1. Navarra

Como ha quedado señalado al hablar sobre la expansión geográfica de la epidemia, su desarrollo se vio altamente potenciado y ligado a las hambrunas y la crisis que sus habitantes padecían. La demografía previa a la peste de la región se vio caracterizada por el apogeo y el crecimiento. El siglo XIV estuvo protagonizado por un proceso de crecimiento casi constante, llegando a suponer esto un problema de superpoblación crucial en la catástrofe generada por la enfermedad. Tal es el número de fuegos (unidad impositiva de época medieval para contabilizar el número de hogares) que alcanzó la Navarra de mediados del siglo XIV (en torno a 60000), que, tras dicha catástrofe, las cifras no se repondrían hasta el siglo XIX. A la superpoblación se sumó una inusual cantidad de precipitaciones, en detrimento de la calidad de las cosechas. Este fenómeno, denominado en el territorio navarro, como ya ha quedado constatado, como los “años caros”, fue un fenómeno extendido a gran parte de la península y el territorio europeo. Aún con ello, las persistentes hambrunas no fueron capaces de detener el crecimiento demográfico, lo que señala a la peste como el agente decisivo en la interrupción de este equilibrio.³⁵ Sus efectos hacen mella desde mediados de 1348, afectando a la movilidad, los cultivos y el bienestar social. Aún con estas prevenciones, todas las fuentes coinciden al afirmar la total expansión de la peste por territorio navarro. A consecuencia de estas evidencias y de lo sabido respecto al progreso de la epidemia, acotar su duración, a fin de determinar su impacto, resulta algo relativo. Es posible afirmar la infección de todo Navarra a mediados de 1348, punto desde el que la peste ejerció un mayor impacto. En cuanto a la fase en que la misma remitió del lugar, y sin perder de vista el carácter estacional de la enfermedad, algunos autores como Berthe señalan el año 1350. Desde entonces, la epidemia se haría presente tan solo en algunos puntos concretos para acabar por desaparecer el brote.³⁶

Señalada ya una aproximación sobre la cronología de la enfermedad en Navarra, queda analizar la catástrofe demográfica generada. En cuanto a las cifras, como base, es necesario recordar que los fallecimientos del periodo se ven causados tanto por la epidemia como por el hambre. Con todo ello, la peste y su impacto es considerada por algunos autores como la causa del despoblamiento navarro en cuestión de meses. A la

³⁵ MONTEANO SORBET, P.J., “Navarra de 1366 a 1428. Población y poblamiento”, en *Príncipe de Viana*, nº208, Pamplona, Navarra, España, 1996, pp. 237-261.

³⁶ BERTHE, M., *Famines et épidémies dans les campagnes navarraises á la fin du Moyen*. SFIED, París, Francia, 1984, pp. 308-309.

gran mortalidad y su consecuente descenso demográfico hay que sumar las consecuencias que esto generó en el modo de vida de la población (aspecto desarrollado en el siguiente apartado). La descripción del panorama es, por lo general, desolador y catastrofista, pero es necesario profundizar e interpretar las cifras. Es esta cuestión veremos que el juicio sobre el impacto demográfico real de la enfermedad se divide entre los autores tradicionales (Peio J. Monteano o Jaime Sobraqués Callicó), que hacen justicia a la mentada descripción, y otros más novedosos (como Guillermo Castán Lanaspa o Martín Duque), que consideran el juicio dramático tradicional como algo obsoleto propio del periodo.

Conocer la valoración tradicional de esta fase requiere hacer referencia al estudio de Peio J. Monteano destinado a conocer el impacto demográfico en Navarra³⁷. Este se vale de 205 regiones de muestra, abarcando con ello un total aproximado de 3600-3700 familias. El mismo confirma el dramatismo y el declive absoluto del periodo, no solo a razón de los fallecidos, sino también de los emigrados, huyendo de la epidemia, y de quienes sobrevivieron para afrontar una fase de crisis sin precedentes. A partir de las mencionadas regiones, extraídas tanto de la Navarra media como de los Valles pirenaicos se documentan el número de fuegos existentes en 1346, a vísperas de la peste. En base a ello, se cuantifican los que desaparecen (tanto por el fallecimiento, por enfermedad o hambre, como por la emigración de las familias) y los que, a pesar de haber superado la enfermedad, se ven afectados por la crisis. Según estos parámetros, la normalidad de la población y su crecimiento se ven fuertemente interrumpidos ya desde el año 1347, a consecuencia de la crisis. Un año después pasan a manifestarse los efectos de la enfermedad, convirtiéndose la muerte en el motivo más habitual de la pérdida de fuegos. Las cifras apuntan a la desaparición de hasta un 43% de las familias del área seleccionada, así como al impacto de la crisis en un 10%. Si desglosamos estas cifras, gracias a los datos aportados por hidalgos y recibidores de la época (que aportan una cantidad de información inusual para el periodo), veremos como el año 1347 estuvo marcado por la mencionada crisis económica, generada por la mala calidad de las cosechas y por la pérdida del ganado. Ya en este periodo comenzó a ser frecuente el abandono de cultivos, algo motivado tanto por la mala situación como la superpoblación. No obstante, el año dramático es 1348, por concentrar hasta el 80% de las desapariciones de fuegos totales,

³⁷ MONTEANO SORBET, P.J., *La Peste Negra en Navarra. La catástrofe demográfica de 1347-1349*. UNED/Universidad Pública de Navarra, España, 2001, pp. 87-111.

atestiguando así la incidencia de la enfermedad y el hambre. El impacto de la peste supuso un repunte claro de la desaparición de fuegos (generalmente por la muerte del cabeza de familia) y de abandono y declive agrícola (en parte por el miedo a cultivar y por la ausencia de personal para ello). Acorde a la teoría comentada respecto a la cronología del brote en Navarra, el siguiente año dejó ver cierta bajada en el número de fallecidos, a la par que volvía a tomar importancia el empobrecimiento de las familias supervivientes al año catastrófico. Con todo, los porcentajes y datos señalados sirven al autor para concluir afirmando la desaparición de más de la mitad de población navarra, a consecuencia tanto de la epidemia como de las hambrunas y crisis generadas tras su paso. Si bien, como queda comentado, el porcentaje de fuegos desaparecidos es del 43%, hay que sumar a ello los familiares desaparecidos y la población no contabilizada, dando como resultado la dramática cifra.

Percepción similar sobre la catástrofe demográfica navarra posee Jaime Sobrequés Callicó, plasmando esto en su capítulo referente al reino de Navarra en el siglo XIV, dentro del *I Simposio de Historia Medieval* (1971). En su intervención afirma que, aun siendo las cifras algo escasas, con la consecuente objetividad con la que han de aceptarse, se estima que un 34,7% de los hogares fueron afectados (a lo que hay que sumar los habitantes en cada hogar y los no contabilizados).³⁸ Esta idea se ve apoyada por lo publicado por Zabalo Zabalegui unos años antes, quien, algo más crítico, según su estudio de población antes y después de la peste en Navarra, afirma el descenso de un 63% (cifra mayor que la ofrecida por Jaime Sobrequés, a razón de que este tan solo atiende a hogares). Más allá del impacto generado en origen, el autor hace referencia a la importancia de los brotes posteriores, de menor mortandad, pero gran peso.³⁹

En contraposición, la relativa abundancia de datos respecto a la incidencia en Navarra ha motivado nuevos estudios e interpretaciones, entre las cuales se encuentra la de Guillermo Castán Lanaspá.⁴⁰ En el desarrollo de su obra comienza por plantear algunas incongruencias relativas a las tesis de los autores citados, en especial sobre la

³⁸ SOBREQUÉS CALLICÓ, J., “La Peste Negra en la Península Ibérica”, en *El I Simposio de Historia Medieval*, Garriga Impresores, Mallorca-Barcelona, España, 1973, pp. 67-103.

³⁹ ZABALO ZABALEGUI, F.J., *Algunos datos sobre la regresión demográfica causada por la Peste en la Navarra del siglo XIV*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, España, 1968, pp. 485-491.

⁴⁰ CASTAN LANASPA, G., *La construcción de la idea de peste negra (348-1359) como catástrofe demográfica en la historiografía española*. Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2020, posición 2156-2171.

recuperación de la población tras la peste (la cual resulta milagrosa contando con la supuesta catástrofe sufrida) o la evolución de los ingresos generada en el periodo (algo anecdótico teniendo en cuenta el descenso de pecheros por la crisis generada). Esta última contradicción viene reforzada por un reciente estudio sobre la venta de vino en Puente la Reina (Navarra) entre los años 1334 y 1370. El mismo apunta a un incremento del 400% de la venta el año 1348 frente al año anterior, así como un progresivo aumento, aun con el descenso de la mitad de población que acusan autores tradicionales. El sector industrial y minero refuerza esta idea de crecimiento, lo que se ve plasmado en la recaudación fiscal del periodo, creciente durante el siglo XIV. La explicación de esta realidad se puede vislumbrar ya en el año 1975, a través de Martín Duque, que, si bien afirma el impacto demográfico del periodo, advierte que este no fue generalizado, afectando a focos concretos. En consecuencia, resulta posible cuadrar la mejora de los ingresos fiscales con el desarrollo de la epidemia (que, de haberse llevado a la mitad de la población, no habría dado lugar a crecimiento fiscal alguno). La concepción de estos autores gira en torno a la posibilidad de que la decadencia sufrida en algunos puntos de la región actuase como incentivo para los supervivientes, trabajando nuevas fuentes de riqueza y formas de explotación. A su vez, esto justificaría el posterior crecimiento económico vivido durante el reinado de Carlos III.⁴¹

Estas interpretaciones, fruto de la revisión de datos actual, hace posible la compatibilidad entre la catástrofe generada en algunos puntos concretos con el auge fiscal y económico recogido por las fuentes fiscales. Sin aceptar en ningún caso las pérdidas tradicionales de entre el 43 y el 63% del total navarro, se reconoce el impacto demográfico, algo que, ligado a los incontrolables desplazamientos de población, explica la dificultad de comprensión de las cifras y la ambigüedad con que se han tomado por muertos los habitantes no censados.⁴²

⁴¹ MARTÍN DUQUE, A., “Vida urbana y vida rural en Navarra en el siglo XIV. Algunos materiales y sugerencias”, en *La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV*, Excma. Diputación Provincial de Vizcaya, Bilbao, España, 1975, pp. 43-54.

⁴² CASTAN LANASPA, G., *La construcción de la idea de peste negra (348-1359) como catástrofe demográfica en la historiografía española*, posición 2588-2596.

3.2. Valencia y Mallorca.

Acorde a la norma general referente a la cantidad de documentos y fuentes referentes al impacto de la peste (algo que se rompe con el caso navarro), es necesario señalar tanto la escasez de estas como de estudios realizados entorno a dicha cuestión en la Corona de Aragón. El trabajo en el caso de las Islas Baleares se ha centrado en las ciudades costeras, con exponentes como Mallorca, a razón de la importancia que sus puertos tuvieron en la expansión de la enfermedad. Los escasos datos recogidos, atendiendo a lo expuesto por Jaime Sobrequés Callicó, afirman la gran mortandad generada, llegando esta a acabar con ochenta de cada cien habitantes. A este impacto es posible sumar lo generado por el mismo, es decir, problemas en la defensa por la falta de hombres, en la organización por la muerte de dirigentes y en el ámbito familiar por los numerosos casos de viudedad y orfandad.⁴³ Este enfoque se apoya además en los trabajos de Amada López de Meneses, en los cuales se amplía la realidad descrita. En concreto, A. López hace referencia a la acumulación de riquezas por parte de los mejor posicionados, al enriquecimiento de las iglesias y a la caída tributaria del periodo (dejando tras de sí una mayor dependencia de los prestamistas)⁴⁴. A esto se suman las circunstancias recurrentes propias de la peste, véase inflación de los precios y destierro de los enfermos (si bien esta idea, como ha quedado comentado, es discutida por Sheldon J. Watts⁴⁵) entre otras.

En cuanto a Valencia, importante punto de llegada de la peste a territorio peninsular (procedente de puertos como Mallorca), se repite el problema de la escasez de investigación y fuentes. Por ende, es necesario recurrir a bases de datos recogidas durante el periodo de estudio, sin cerrarse a una u otra categoría. En este caso merecen atención los documentos notariales, en concreto los testamentos cuyo número asciende de forma notable con la llegada de la peste. Se apunta tanto a la enfermedad como a los conflictos militares como causas del frente que despobló la ciudad de cargos públicos.⁴⁶ A estas evidencias se suman otras tantas que, si bien no dan una cifra objetiva, ofrecen una acertada descripción del panorama vivido. Entre ellas, el obligado uso de los huertos

⁴³ SOBREQUÉS CALLICÓ, J., “La Peste Negra en la Península Ibérica”, pp. 67-103.

⁴⁴ LÓPEZ DE MENESES, A., “La peste negra en las Islas Baleares”, en el *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores*, Madrid, España, 1960, pp. 331-344.

⁴⁵ WATTS, S., *Epidemias y poder. Historia, enfermedad, imperialismo*, pp. 24-42.

⁴⁶ OLIVAR DAYDÍ, M., “La vajilla de madera y la cerámica de uso en Valencia y en Cataluña durante el siglo XIV”, en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, nº2. CSIC, Valencia, España, 1954, pp. 1-54.

como cementerios, el fallecimiento de la esposa de Pedro IV o la propia huida de este junto a sus hijos pocos años después, a consecuencia de los rebrotes posteriores de la enfermedad.⁴⁷ Encontramos información de similar dramatismo en las notas rescatadas del dietario de Alfonso “el Magnánimo”, quien afirma que en el periodo que ocupó el brote de peste entre 1348 y 1349, perdieron la vida en torno a 20000 personas.⁴⁸ Si bien es complicado legitimar la cifra ni la exclusiva culpa de la enfermedad (y no de la guerra o el hambre), nos es útil para valorar el significativo impacto generado por la misma en la mentalidad y los recuentos de la época.

En continuación con lo expuesto por Pedro IV, atendiendo a su crónica, veremos como señala el inicio de la epidemia en el 1348 para llegar, poco después, a un periodo en que se contabilizaban hasta los 300 muertos diarios. En suma, la cifra estimada de incidencia en Valencia, en línea con lo apuntado por el dietario de Alfonso “el Magnánimo”, es de entre 12000 y 18000 fallecidos. En ambos casos, cifras catastróficas de imposible comprobación ni atribución. Si bien hay quien considera esta difusión un intento de justificar la posterior huida del rey de Aragón, varios autores confirman la gravedad de la peste, que llegó a requerir incluso de la ampliación de cementerios. El fallecimiento de eclesiásticos y el incremento de los testamentos en fechas de la gran mortandad son otros indicadores que legitiman su gravedad, si bien ninguno de ellos prueba semejante impacto en una ciudad de 30000 habitantes (como era Valencia aquellos años). Autores y analistas como Doñate⁴⁹ y Agustín Rubio, han apuntado hacia esta imposibilidad de las cifras, así como al carácter morbosos con que los autores del periodo trataron este brote. Entre los argumentos que encuentran para realizar estas afirmaciones destaca el carácter catastrofista del momento y la posibilidad de que el impacto de la enfermedad hubiese sido de carácter localizado, y no holístico⁵⁰ (tal como ocurriría con el caso navarro anteriormente expuesto). De nuevo, esta revisión de los datos y sus interpretaciones no busca negar el evidente impacto de la enfermedad en el territorio, sino acotar el área en que afectó de forma significativa. A los aspectos comentados se añade

⁴⁷ BOFARULL, A., *Crónica del rey de Aragón, Pedro IV el Ceremonioso o del Punyaleit*. Imprenta de Alberto Freixas, Barcelona, España, 1850, pp. 426-430.

⁴⁸ GÓMEZ BAYARRI, J.V., *Dietari del capella d'Alfons el Magnanim*. L'Oronella, Servicis Editorials Valencianes, Valencia, España, 1999, pp. 36-37.

⁴⁹ DOÑATE SEBASTIÁ, J.M., “Datos negativos referidos a la plana de Castellón en relación con la peste negra de 1348” en *VIII Congreso de la Corona de Aragón, Vol. 1*. Editorial Artes Gráficas, Valencia, España, 1969, pp. 27-43.

⁵⁰ BELENGUER, E., *Història de la Corona d'Aragó. Vol.1, L'època medieval (1137-1479)*. Edicions 62, Barcelona, España, 2007, pp. 245-286.

el aumento de impuestos y tasas plasmado en los años de la gran mortandad, algo que hace intuir la reducción de mano de obra y el descenso de los ingresos de forma drástica.

⁵¹ Descenso de los ingresos de forma drástica si bien, de nuevo, se localizan focos que apenas evidencian la presencia de epidemia alguna, y que, sin embargo, sí reflejan casos posteriores (ejemplo de ello son los territorios de la Plana y de Castellón). Esta reinterpretación del impacto es igualmente útil a la hora de justificar los datos que llevaron al auge de Valencia en el siglo XV (y que, de haber sufrido una mortandad generalizada y catastrófica, hubiese resultado imposible). En contraposición, y atendiendo a los fuegos y los impuestos del periodo, es posible afirmar el fuerte impacto que el brote de 1348 supuso para Alicante y Orihuela, algo que se encadenaría con la Guerra de los Dos Pedros generando una crisis aún mayor. En tanto, partiendo en todo momento sobre la interpretación, se estima que el clima, la distribución de la población y su dispersión, habrían sido algunos de los factores que actuaron en favor del territorio valenciano evitando un contagio generalizado.⁵² Autores como Enrique Cruselles abogan por esta perspectiva de marginalidad a la hora de señalar los focos de mayor impacto en la comunidad valenciana, alejándose de la visión catastrofista anteriormente expuesta.⁵³ En lo que refiere al caso mallorquín, no deja de apuntarse tanto a la presencia de focos de heterogéneo impacto como a la difusión general del miedo, el catastrofismo y el morbo a consecuencia de la misma. Tanto es así que algunos autores llegarían a hablar del “morbo epidémico”, bajo el cual todo fallecimiento, enfermedad y crisis se atribuiría de una u otra forma a la tan temida peste, en muchas ocasiones sin corresponderse a su realidad.⁵⁴

⁵¹ RUBIO, A., *Peste negra, crisis y comportamientos sociales en la España del siglo XIV. La ciudad de Valencia (1348-1401)*. Universidad de Granada, Granada, España, 1979, pp. 57-64.

⁵² CASTAN LANASPA, G., *La construcción de la idea de peste negra (348-1359) como catástrofe demográfica en la historiografía española*, posición 3918-3934.

⁵³ CRUSELLES, E., *Los mercaderes de Valencia en la Edad Media*. Edición Milenio Publicaciones, Lleida, España, 2001, p.43.

⁵⁴ CONTRERAS MAS, A., “Enfermedad y santos protectores en Mallorca medieval”, en *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana: Revista d'estudis històrics*, nº63, 2007, pp. 41-62.

4. Repercusión en las mentalidades.

En la línea de lo comentado en el apartado anterior, será de reseñar el papel del miedo en este periodo de impacto dominado por la peste negra. El fantasma de esta enfermedad sacudió la sociedad, apoyada en las hambrunas y los conflictos, hasta hacer caer gobiernos y poblaciones. Como veremos posteriormente, es evidente la existencia de paralelismos con la situación actual, así como con otros periodos de incertidumbre y enfermedad.⁵⁵ Entender los efectos de la peste en la sociedad medieval implica necesariamente contextualizar sus efectos y *modus operandi*, el cual, para aquel entonces, era tanto inesperado como desconocido e incontrolable. Como ya se ha señalado, la peste actuó como un agente de equiparación social, afectando a todo estamento, lo cual, ligado a su capacidad para extenderse de forma fugaz acabando con poblaciones enteras, dio lugar a esta nueva amenaza, el miedo. Ejemplo de la gravedad de esta lo encontramos en la reacción ante su propagación y noticias de la misma, frecuentemente ligada a viajes y huidas que no hicieron sino favorecer la expansión de la enfermedad. A esta reacción generalizada se suma la actuación de gobernantes y sanitarios del periodo, que, desubicados por los efectos de la enfermedad, pero conscientes del riesgo que suponía, trataron de evitar la histeria abogando por la normalización de los flujos comerciales y la actividad general. Este inmovilismo inicial actuaría como barrera en el éxito de las escasas, aunque existentes medidas cautelares en favor del control epidemiológico.⁵⁶

Otra de las realidades más recurrentes del momento, ya de por sí inestable, fueron el incremento de las manifestaciones violentas, generalmente enfocadas contra los marginados sociales. Judíos, (supuestas) brujas y extranjeros fueron objeto de persecución y rechazo, aún mayor, acusados de portar la enfermedad e incluso generarla.⁵⁷ Esta actitud se vio motivada tanto por la insatisfacción general como por la lentitud con que se produjeron avances sanitarios capaces de frenar la enfermedad, lo cual dio paso al caldo de cultivo perfecto en que buscar culpables. Uno de los colectivos más inculpadados fue el de los judíos, víctima de ataques y persecuciones espoleados por la oleada

⁵⁵ DELUMEAU, J., *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*. Editorial Taurus, Barcelona, España, 2012, pp. 129-182.

⁵⁶ CORREIA, S., LUCK, S. y VERNER, E., "Fight the pandemic, Save the Economy" en *Liberty Street Economics*. Grupo de Investigación y Estadísticas del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, 2020.

⁵⁷ VILLALBA, J., *Epidemiología española o Historia cronológica de las pestes, contagios y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*, vol. II. Editorial WentWorth Press, Inglaterra, 1803, pp. 30-32.

antisemita generada.⁵⁸ Esta situación tiene, como uno de varios puntos de partida, el mencionado avance sanitario, especialmente escaso en el ámbito cristiano frente al contemporáneo judío y musulmán. La sanidad del momento, fuertemente ligada a la religión, tuvo gran parte de culpa en el surgimiento de prejuicios como forma de prevención e interpretación de la peste. Esta concepción no se redujo a la peste, sino que fueron varias las enfermedades del periodo (como la lepra o la epilepsia), atribuidas a los pecados de la carne y de los grupos marginados, actuando, así como un motor de conflicto social.⁵⁹ Un claro ejemplo de este fenómeno, dentro de los numerosos sucesos, lo encontramos en Sevilla, en el año 1354. Acusados de transmitir la enfermedad mediante el envenenamiento de pozos y fuentes, sufrieron el ataque de la aljama de la ciudad.⁶⁰ Otros casos importantes, recogidos por las fuentes, ocurrieron en Cataluña y el reino de Aragón, plasmándose estos en numerosos ataques a juderías.

Generalizada la alarma social no todas las medidas fueron en vano. Reconocido el peligro y las necesidades de la población afectada, destacando el levantamiento de hospitales para infectados, la puesta en marcha de cuarentenas e incluso la realización de certificados de salud de cara al desarrollo de transporte y comercio. No faltaron además procesos de desinfección rudimentarios y de destrucción de objetos y pertenencias peligrosas, viéndose estas acciones coordinadas por las instituciones pertinentes.⁶¹ Paralelamente a la práctica de precauciones y la difusión de información y enfermedad, la sociedad configuró en su haber dos formas de comportarse, radicalmente opuestas. No faltó, por una parte, quien trató de “vivir la vida al máximo”, desprendiéndose de toda barrera social y ética, y refugiándose en lo efímero de la existencia en aquellos años. Tal fue la viralización de este arrojo contra los valores del momento que, este tipo de población acabaría por influir en la inspiración de *El Decamerón*, obra escrita por Giovanni Boccaccio en esos años.⁶² En un extremo opuesto encontraremos aquellas comunidades que, asumiendo el fin del mundo conocido y la necesidad de redención,

⁵⁸ MIRA GUTIERREZ, F., “La Peste Negra medieval y sus repercusiones sociales” en *Ateneo: Revista cultural del ateneo de Cádiz*, nº8, 2008, pp. 155-164.

⁵⁹ JACOBSEN FOLLADOR, K., “A relação entre a peste negra e os judeus” en *Revista Vértices*, nº20. Departamento de Letras Orientais da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo, 2016.

⁶⁰ VACA LORENZO, Á., “La peste negra en Castilla (nuevos testimonios)” en *Studia Histórica. Historia medieval* 2, nº8, 1990, pp. 159-171.

⁶¹ PÉREZ MOREDA, V., “Epidemias de la historia: lo que consiguió el miedo” en *Conversaciones sobre la historia, La Razón*, 2020.

⁶² GOTTFRIED, R.S., *La muerte negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval*. Fondo de cultura económica, México, 1993, pp. 154-157.

pasaron a llevar una vida basada en la oración, los actos de buena fe, el socorro y el arrepentimiento. Si bien en muchos casos surgieron de la propia iglesia, no fue la realidad general, llegando a existir conflicto entre ambas partes. El papel de este sector fue especialmente importante en el apoyo y la ayuda dentro de los hospitales recién contruidos, así como en otras labores sociales.⁶³

El papel de estos buenos samaritanos se combinó entonces con los protocolos estimados para combatir la enfermedad, marcados por la cuarentena, las sangrías y otros principios aplicados para tratar la lepra. Es en este campo que se permite discernir entre las distintas culturas, reconociendo principios entre religión y sanidad, destinados a erradicar la peste. Frente a los expuestos, propios de la religión cristiana, encontramos, en la zona sur peninsular, los adoptados por la cultura musulmana. Estos se basan en el cuidado mental y personal del enfermo, tanto a nivel higiénico como espiritual, es decir, principios que no erraron del todo al buscar la limpieza corporal y la prevención de infecciones.⁶⁴

En cuanto a la conciencia social, ya mencionada, fuertemente afectada tanto por el miedo como por la idea general de caos y fin de la normalidad, hemos de reseñar otro de los agentes de mayor influencia sobre la misma, la muerte. Al panorama, ya de por sí desolador a causa de las hambrunas y las guerras, se sumó a la capacidad de la enfermedad para afectar a cualquiera, independientemente de su ubicación o posición social, generando así un temor a fallecer rayano en lo obsesivo (fuertemente ligado al llamado “morbo epidémico” mencionado respecto al caso mallorquín). No es de extrañar en este contexto el repunte de las mencionadas actitudes religiosas, así como de los intentos sanitarios y cautelares, en constante choque con los comportamientos irracionales e irresponsables propios de quienes, sin fe ni esperanza (o sin conocimiento real del riesgo vivido), con la consecuente anulación de las medidas que estos supusieron. Estos y otros paralelismos nos permiten comprobar cómo el paso del tiempo ha hecho (escasa) mella en los comportamientos y mentalidades sociales frente a un peligro desconcertante y común.

⁶³ VALDEÓN BARUQUE, J., “La Peste Negra: la muerte negra en la Península” en *Historia 16*, año V, nº56, 1980, pp. 60-66.

⁶⁴ GOTTFRIED, R.S., *La muerte negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval*, pp. 236-242.

5. Epidemias y miedo colectivo: visión histórica de la peste negra y el COVID-19.

Comprobado el impacto demográfico y psicológico generado por la peste negra, queda claro el papel de estas epidemias en la configuración del mundo y su desarrollo. Esta realidad no ha cambiado, llegando hasta nuestros días a través del COVID-19. Combatir la enfermedad ha desatado respuestas internacionales que, aún habiéndose desarrollado siglos después, guardan relación con las llevadas a cabo por la población medieval peninsular.

En primer lugar, ha de reconocerse la importante similitud y, si cabe, desarrollo, de la idea del morbo epidémico medieval, aplicado a nuestros días. Los años de la gran mortandad y el incesante intento de los gobernantes por mantener el comercio y los transportes (hasta ser esto una flagrante irresponsabilidad), acabaron por generar una red de bulos, rumores y falsas noticias capaz de remover conciencias y actos. Al uso, la expansión del COVID-19 ha encontrado en los desarrollados y avanzados medios de comunicación el canal idóneo por el que proceder a la difusión de todo tipo de mitos y falsedades, lo que, ligado a la sobreinformación, ha llevado al ciudadano medio a un estado de alerta, desconocimiento y desorientación cercano al vivido con la peste. Una enfermedad desconocida, medidas cautelares de discutida eficacia, situación de crisis y malestar social y rumores de falsedad entorno a las cifras de fallecidos son, en suma, los ingredientes que en una y otra época golpearon a la sociedad llevándola a la crisis social y psicológica. “Cada uno de nosotros tiene a todos como a mortales excepto a sí mismo”, diría el polémico psicoanalista Sigmund Freud, y no se alejó mucho al hacerlo frente a la realidad expuesta.⁶⁵ El miedo, no solo a la muerte, sino a la incertidumbre sobre esta y la certeza de su capacidad para alcanzar a cualquier habitante, ha supuesto una constante capaz de acelerar los mecanismos cautelares y sanitarios.⁶⁶

En cuanto a este último punto, salvando las distancias del desarrollo y progreso experimentados desde entonces hasta hoy, se repite la incertidumbre propia de quienes enfrentan una enfermedad sin, todavía, cura. En ningún caso faltarían, como una de las vías, la religiosa y su consecuente explicación del fenómeno, ligado a los pecados del hombre, y remediado a través de la oración y la súplica. Método ya casi extinto en favor

⁶⁵ Citado por MIRALLES, F., *Retrum 2: La nieve negra*. S. A. Editorial La Galera, Barcelona, España, 2011, p. 109.

⁶⁶ FERNÁNDEZ SANZ, J.J., 1885, *el año de la vacunación Ferrán: trasfondo político, médico, sociodemográfico y económico de una epidemia*. Fundación Ramón Areces, Madrid, España, 1990, p. 102.

de la ciencia y la racionalidad propias de una sociedad desarrollada. Sí se han mantenido, con triste similitud, las persecuciones en busca de culpables que justifiquen la amenaza, siendo el laboratorio chino de Wuhan, los estadounidenses o incluso la población de etnia gitana, los sustitutos de los judíos y marginados de la época medieval.

Igual mención merece la cuestión de la contabilidad de los fallecidos, asunto en disputa tanto con la peste negra (tal como desarrolla este trabajo), como con la actual epidemia de COVID-19. Las razones que explican esta relatividad de las cifras y el morbo generado por ello son numerosas, si bien las de una y otra época son de distante moralidad y justificación. Por un lado, la discusión referente a la incidencia demográfica real de la peste negra en la península, variando esta entre los distintos reinos tanto de territorio ibérico como europeo. Dicha discusión amenaza con perpetuarse a razón de la evidente falta de datos y la incipiente estadística con que se recogieron los datos en el periodo. Es por ello por lo que hablar de impacto peninsular requiere atenerse a la interpretación, tanto de autores del momento (siendo importante la literatura catastrofista) y de la actualidad. Sumado esto al escaso desarrollo sanitario y científico, es comprensible la difusión de noticias catastróficas y morbosas entre una población asustada, aislada y, generalmente, en obediencia con los principios religiosos. Por otro lado, la realidad actual, marcada por el desarrollo científico y estadístico, así como por la lucha de intereses económicos y sociales. Las razones de la evidente disputa en lo que refiere a cifras en ningún caso responde al aislamiento o la incapacidad para llevar a cabo un conteo real, sino que son más bien justificadas por el panorama político, el mandatario y la oposición. En este sentido, el desarrollo que hemos vivido, sin el cual hubiese sido imposible implantar medidas eficaces de control y prevención frente al virus, ha esclarecido la cada vez más evidente lucha ideológica y de intereses que, por dispersión de esfuerzos, nos aleja de un conocimiento real, objetivo y cercano sobre la contabilidad de fallecidos.

Por último, es de interés señalar el amplio marco de acciones llevadas a cabo contra la peste, siendo alguna de ellas similares a las tomadas en la actualidad contra el COVID-19. Si bien, como se ha señalado, un sector de la población, acorde a la mentalidad religiosa reinante, atribuyó a causas divinas la enfermedad y con ello su cura, no faltaron primitivas medidas cautelares de fundamental papel y desarrollo. Estas bases para combatir la gran mortandad han quedado brillantemente recogidas gracias a Jaume

d'Agramunt⁶⁷, maestro en artes y medicina originario de Lleida (Lérida). Su obra, datada del año 1348, vino motivada por la conocida expansión de la enfermedad por el Rosellón, y la consecuente necesidad de avanzar en la implantación de soluciones. El historiador especializado en medicina Francesc Cremades afirma que esta obra, creada con fines eminentemente prácticos y públicos, fue la primera en tratar de forma focalizada la peste negra y la prevención de la misma.⁶⁸ Se trata sin duda de una obra clave en la lucha contra las epidemias por la pervivencia de algunas de las medidas tratadas, destacando entre ellas el confinamiento, la desinfección y limpieza, o la ventilación de espacios públicos y privados. De igual o incluso mayor importancia, dado el contexto (literatura catastrófica y morbo epidémico) es el talante con que el autor, Jaume d'Agramont, hace referencia a quienes han sido infectados, y al comportamiento con que deben proceder. Lejos del tono pesimista, marginal e incluso culpabilizador, trata de promover una inusual actitud positiva y esperanzadora capaz de inspirar confianza tanto en uno mismo como en sus cercanos. En cuanto al texto, denominado como *El Regiment*⁶⁹, se sabe que fue, por la fecha y las ideas propuestas, uno de los más avanzados en medicina del periodo. Por desgracia, atendiendo al momento en que fue creado, se teme que fue igualmente poco escuchado para lo fructífero que hubiese resultado su total difusión.

Este éxito lo ha comprobado la población actual tras meses de confinamiento y estado de alarma, los cuales, ligados a otras medidas como la desinfección de espacios públicos, han ayudado a reducir notablemente la curva del brote. Queda preguntarse por la posibilidad de otro posible paralelismo, la presencia de sucesivos ataques de la enfermedad una vez pasado el primer impacto, así como la forma de sobrellevar el plano socioeconómico ante estos. Cabe destacar en este escenario nuestra capacidad, como sociedad desarrollada e interconectada, de mantener un ritmo de trabajo y rendimiento telemático, así como la suerte de una menor mortalidad. Sin duda, estas desventajas, traducidas en la profunda crisis posterior que se viviría en el medievo tras el paso de la

⁶⁷ WINSLOW, C.E.A. y DURAN-REINALS, M.L., “Jacme d'Agramont y el primer de los tractados de la plaga” en *Boletín de Historia de la Medicina*, vol.22, n°6. The Johns Hopkins University Press, Maryland, EE. UU., 1948, pp. 747-765.

⁶⁸ CREMADES, F., “El Regiment de preservació de pestilència (1348) de Jacme d'Agramont. Història del manuscrit guardat a Verdú, context i versió en català actual” en *RACO, Estudis Romànics*, 2018, pp. 432-438.

⁶⁹ D'AGRAMONT, J., *Regiment de preservació de pestilència: (Lleida, 1348)*. Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

peste negra, supondrían el inicio de un periodo igualmente nefasto y de costosa recuperación.

Aún con ello, es igualmente necesario señalar aquellas circunstancias positivas que, por irónico que resulte, generó el paso de la peste negra. A los indicios que apuntan hacia el fortalecimiento de la salud de quienes sobrevivieron, se suma la importancia que los hombres sanos ostentaron al acabar la gran mortandad. La necesidad de producción y de reactivación económica ayudó a que el trabajo alcanzase un reconocimiento no visto hasta entonces. Además, la reciente caída de población, por el impacto de la enfermedad ligada a los conflictos y las hambrunas, dio paso a una fase marcada por el descenso en la demanda de alimentos y techo entre otros bienes. Esta mejora de las condiciones marcaría un punto de inflexión en la posterior recuperación vivida en el siglo XV. La existencia de beneficiarios ante el paso de la enfermedad (los supervivientes en el caso de la peste negra) no es aislada, sino que incluso es posible hallarlos en la actualidad. La naturaleza de los mismos es muy diferente, tratándose a día de hoy de empresas destinadas a combatir la enfermedad, a negocios dedicados a la mensajería y a las propias pensiones nacionales, cuya inversión ha caído drásticamente. El propio planeta, gracias a la disminución de actividades nocivas, ha sido otro de los grandes beneficiados por el COVID-19, si bien esto último se trata de un éxito pasajero.

6. Conclusiones.

La peste negra y lo relacionado con ella en nuestro territorio ha dado pie a numerosas cuestiones en debate e investigación. Entre ellas, como punto de partida, su llegada a la península ibérica, lo que, de forma unánime, se responde gracias a la actividad comercial propia de las costas cantábrica y mediterránea.

Mayor debate ha generado el impacto demográfico de la enfermedad. La historiografía tradicional, salvando las distancias, se ha caracterizado por aceptar sin discusión lo descrito por las fuentes narrativas y literarias del periodo bajomedieval (a menudo imprecisas y dominadas por el morbo del momento). Frente a este enfoque, autores más recientes han llevado a cabo numerosas publicaciones y artículos desde mediados del siglo XX, en los que queda obsoleto el catastrofismo anterior. Los mismos no tratan, en ningún caso, de negar la importante presencia de la enfermedad en el territorio, así como sus consecuencias posteriores, sino que se centran en ofrecer una reinterpretación contextualizada, acertada y racional sobre el fenómeno. Es posible, atendiendo a estas ideas, entender cómo la peste negra ha contado con un protagonismo focalizado en la demografía bajomedieval, siendo su importancia mayor en núcleos concretos de población, y no en su totalidad. En este proceso, la justificación de los puntos en cuyo impacto fue mayor, viene dada por la propia expansión de la enfermedad, los comportamientos sociales ante la inminente llegada del peligro y el contexto en que el lugar se encontrase (frecuentemente dominado por las hambrunas, los conflictos sociales y escasa sanidad).

La mentalidad medieval y su reacción ante una epidemia desconocida y de alta mortalidad, como fue la peste, se vio mayormente anclada en los principios religiosos. Como ha quedado señalado, las medidas cautelares y preventivas compartieron espacio con los comportamientos irracionales y fanáticos, con la consecuente propagación de que la enfermedad gozó. En los puntos en que el impacto de la enfermedad fue de mayor peso, la población llegó a reducirse incluso hasta su totalidad. Esto no hizo sino incrementar el morbo, el miedo y los obstáculos para la continuación de actividades económicas básicas. Este contexto fue fundamental en la concepción catastrófica de la enfermedad, así como en la dificultad de ciertas áreas para su recuperación, a menudo golpeadas por nuevos brotes posteriores.

En aquellos lugares en que el peso de la enfermedad fue menor, fueron importantes las primitivas medidas cautelares existentes, así como la distribución geográfica del lugar, la cual habría evitado la llegada de contagiados (por motivos tales como el comercio o las peregrinaciones no presentes en dichos focos). La progresiva difusión de algunas como el confinamiento o la limpieza, introducidas desde principios del 1348, marcarían el punto de partida para combatir la enfermedad. Es necesario tener en cuenta el contexto ideológico en que se desarrollaron, estando este protagonizado por el cristianismo, y por la concepción de la enfermedad como un castigo divino ante el comportamiento de la sociedad. Las hambrunas y la abundancia de conflictos militares no hicieron sino aumentar la mortalidad, lo cual, habiéndose extendido el miedo entre la población, pasó a atribuirse por defecto a la enfermedad. La escasez de fuentes y lo impreciso de las mismas hacen necesario el análisis del contexto y de las circunstancias locales para conocer tanto el mencionado impacto demográfico como la concepción que los autores del momento se formaron sobre la peste.

En lo que refiere al último punto, queda constatada la presencia de numerosos paralelismos entre la epidemia bajomedieval y la pandemia mundial actual. En ambos periodos resultó fundamental la presencia de medidas como el confinamiento, las distancias mínimas, la limpieza de espacios públicos y la higiene personal. Por desgracia, en el pasado estas ideas no fueron suficientemente escuchadas, lo que derivó en un impacto demográfico y socioeconómico sin precedentes. Nuestra estructura económica, tal como ocurrió en el pasado, ha supuesto el canal determinante para la expansión de la enfermedad, la cual, en este caso, ha alcanzado proporciones mundiales. Ha sido el desarrollo vivido desde el medievo hasta hoy el que ha logrado paralizar las actividades nocivas y centrar el foco en el cumplimiento de las medidas. De no haber contado con esta posibilidad, así como con los avances socioeconómicos, culturales y científicos, nuestra situación poco habría distado de la vivida en la gran mortandad.

De cara al avance en estas investigaciones, y al conocimiento de la mentalidad bajomedieval, en mayor profundidad, será necesario hacer hincapié en la realización de nuevas investigaciones locales. A través de estas, las cuales actualmente son escasas por la dificultad de encontrar fuentes del periodo, será posible abandonar definitivamente la concepción de una peste negra homogénea en el territorio, en favor de un conocimiento veraz, heterogéneo y ajustado a cada foco. Es en esta meta que han de salvarse algunas dificultades, tales como la mencionada escasez, la relativa estadística o el dramatismo

que inundó las páginas del momento, y que no siempre se corresponden con la realidad. Para ello, no solo es necesario focalizar las investigaciones en áreas concretas, sino que será esencial el contexto de las mismas y su desarrollo posterior, el cual, a falta de datos, constituye un gran indicador sobre el paso de la epidemia y la actitud tomada por la sociedad ante ella.

Sin otro propósito, el presente trabajo busca reafirmar la importancia del conocimiento histórico, así como de su constante revisión y reinterpretación, en la búsqueda de lecciones y enseñanzas capaces de guiarnos en nuestra propia realidad.

7. Bibliografía

- ÁLVAREZ-PEDROSA, J. A. Y BERNABÉ, A., *Historia y leyes de los hititas: Textos del Reino Medio y del Imperio Nuevo*. Ediciones Akal, Madrid, 2004.
- BELENGUER, E., *Història de la Corona d'Aragó. Vol.1, L'època medieval (1137-1479)*. Edicions 62, Barcelona, España, 2007.
- BENEDICTOW, OLE J., *La peste negra (1346-1353)* Ediciones Akal, Madrid, 2011.
- BERTHE, M., *Famines et épidémies dans les campagnes navarraises á la fin du Moyen. SFIED*, París, Francia, 1984.
- BOFARULL, A., *Crónica del rey de Aragón, Pedro IV el Ceremonioso o del Punyalet*. Imprenta de Alberto Freixas, Barcelona, España, 1850.
- CARRASCO, J., *La población de Navarra en el siglo XIV*. Editorial Universidad de Navarra, Pamplona, España, 1973.
- CASTAN LANASPA, G., *La construcción de la idea de peste negra (348-1359) como catástrofe demográfica en la historiografía española*. Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2020.
- CÊBE, J. P., «*Les lectiscernes republicains*», *Entre hommes et deux : le convive, le héros, le prophète*. Presses universitaires de Franche-Comté, Paris, 1989.
- CONTRERAS MAS, A., “Enfermedad y santos protectores en Mallorca medieval”, en *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana: Revista d'estudis històrics*, nº63, 2007.
- CORREIA, S., LUCK, S. y VERNER, E., “Fight the pandemic, Save the Economy” en *Liberty Street Economics*. Grupo de Investigación y Estadísticas del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, 2020.
- CREMADES, F., “El Regiment de preservació de pestilència (1348) de Jacme d'Agramont. Història del manuscrit guardat a Verdú, context i versió en català actual” en *RACO, Estudis Romànics*, 2018.
- CRUSELLES, E., *Los mercaderes de Valencia en la Edad Media*. Edición Milenio Publicaciones, Lleida, España, 2001.
- D'AGRAMONT, J., *Regiment de preservació de pestilència: (Lleida, 1348)*. Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- DELUMEAU, J., *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*. Editorial Taurus, Barcelona, España, 2012.

DÍAZ DE DURANA, J.R. y GARCÍA FERNÁNDEZ, E., *Demografía y sociedad: la población de Logroño a mediados del siglo XV*. Instituto de Estudios Riojanos, La Rioja, España, 1991.

DOÑATE SEBASTIÁ, J.M., “Datos negativos referidos a la plana de Castellón en relación con la peste negra de 1348” en *VIII Congreso de la Corona de Aragón, Vol. I*. Editorial Artes Gráficas, Valencia, España, 1969.

DUFOURQ, C. E., “Les relations de la Péninsule Ibérique et l'Afrique du Nord au XIV siècle” en el *Anuario de Estudios Medievales* N°7, CSIC, 1970-1971.

FERNÁNDEZ SANZ, J.J., 1885, *el año de la vacunación Ferrán: trasfondo político, médico, sociodemográfico y económico de una epidemia*. Fundación Ramón Areces, Madrid, España, 1990.

GÓMEZ BAYARRI, J.V., *Dietari del capella d'Alfons el Magnanim*. L'Oronella, Servicis Editorials Valencianes, Valencia, España, 1999.

GÓMEZ M. S., RAMOS C. M., ABEL, *La Peste Negra*. Universidad Complutense, Madrid, 2012.

GOTTFRIED, R.S., *La muerte negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval*. Fondo de cultura económica, México, 1993.

GRACIA, D. y LÁZARO, J., *Introducción a la medicina*. Editorial Hariadna, Madrid, España, 2009.

JACOBSEN FOLLADOR, K., “A relação entre a peste negra e os judeus” en *Revista Vértices*, n°20. Departamento de Letras Orientais da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo, 2016.

LÓPEZ DE AYALA, P., *Crónica del Rey Don Pedro y el Rey Don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*. SECRIT, Buenos Aires, Argentina, 1994.

LÓPEZ DE MENESES, A., “La peste negra en las Islas Baleares”, en el *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores*, Madrid, España, 1960.

MARTÍN DUQUE, A., “Vida urbana y vida rural en Navarra en el siglo XIV. Algunos materiales y sugerencias”, en *La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV*, Excma. Diputación Provincial de Vizcaya, Bilbao, España, 1975.

MERINO, A., *España Sagrada, Tratado LXXXI de la Santa Iglesia de Gerona en su estado antiguo*. Santa Iglesia de Gerona, Madrid, España, 1826.

MIRA GUTIERREZ, F., “La Peste Negra medieval y sus repercusiones sociales” en *Ateneo: Revista cultural del ateneo de Cádiz*, n°8, 2008.

MIRALLES, F., *Retrum 2: La nieve negra*. S. A. Editorial La Galera, Barcelona, España, 2011.

MONTEANO PEIO, J., *La ira de Dios. Los navarros en la era de la peste (1348-1723)* Editorial Pamiela, Pamplona, España, 2002.

MONTEANO SORBET, P.J., *La Peste Negra en Navarra. La catástrofe demográfica de 1347-1349*. UNED/Universidad Pública de Navarra, España, 2001.

OLIVAR DAYDÍ, M., “La vajilla de madera y la cerámica de uso en Valencia y en Cataluña durante el siglo XIV”, en *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, nº2. CSIC, Valencia, España, 1954.

PÉREZ MOREDA, V., “Epidemias de la historia: lo que consiguió el miedo” en *Conversaciones sobre la historia, La Razón*, 2020.

RUBIO, A., *Peste negra, crisis y comportamientos sociales en la España del siglo XIV. La ciudad de Valencia (1348-1401)*. Universidad de Granada, Granada, España, 1979.

RUÍZ DE LOIZAGA, S., *La peste en los reinos peninsulares según documentación del archivo vaticano (1348-1460)* Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia, Bilbao, 2009.

SANTAMARÍA ARÁNDEZ, A., “La peste negra en Mallorca”, en *La Corona de Aragón en el siglo XIV*, vol.1, VIII Congreso de Historia de Aragón, Zaragoza, 1969.

SOBREQUÉS CALLICÓ, J., “La Peste Negra en la Península Ibérica”, en *El I Simposio de Historia Medieval*, Garriga Impresores, Mallorca-Barcelona, España, 1973.

TAYLOR, C., *La era secular*. Editorial Gedisa, Barcelona, España, 2014.

UBIETO ARTETA, A., *Orígenes del Reino de Valencia, cuestiones cronológicas sobre la reconquista*. Editorial Anubar, Zaragoza, España, 1975.

VACA LORENZO, Á., “La peste negra en Castilla (nuevos testimonios)” en *Studia Histórica. Historia medieval* 2, nº8, 1990.

VALDEÓN BARUQUE, J., “Crisis económicas y enfrentamientos sociales en la España de la Edad Media. Movimientos sociales regionales, sus elementos de base” en *La sociedad vasca rural y urbana en el marco de la crisis de los siglos XIV y XV*, Bilbao, Diputación Provincial de Vizcaya, 1975.

VALDEÓN BARUQUE, J., “La Peste Negra: la muerte negra en la Península” en *Historia* 16, año V, nº56, 1980.

VILLALBA, J., *Epidemiología española o Historia cronológica de las pestes, contagios y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801*, vol. II. Editorial WentWorth Press, Inglaterra, 1803.

WAGNER, DAVID M., “Yersinia Pestis y la peste de Justiniano 541-543 AD.: un análisis genómico” en RIUS I GIBERT, CRISTINA, *La peste a lo largo de la historia*. Agència de Salut Pública de Barcelona. Barcelona, 2019.

WATTS, S., *Epidemias y poder. Historia, enfermedad, imperialismo*. Editorial Andrés Bello, Barcelona, España, 2000.

WINSLOW, C.E.A. y DURAN-REINALS, M.L., “Jacme d’Agramont y el primer de los tractados de la plaga” en *Boletín de Historia de la Medicina*, vol.22, nº6. The Johns Hopkins University Press, Maryland, EE. UU., 1948.

ZABALO ZABALEGUI, F.J., *Algunos datos sobre la regresión demográfica causada por la Peste en la Navarra del siglo XIV*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, España, 1968.